

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA DE HOY Y DE SIEMPRE

El primer gran tópico que se nos perfila —tópico al que propendemos a enunciar de forma apotegmática— es el siguiente: la Guerra tan sólo existe de veras merced a quienes y para quienes tengan efectiva voluntad de hacerla y se propongan doblegar con ella a la voluntad adversa. Con esta sentencia de sabor algo clausevitziano casi aristotelizamos, puesto que hacemos depender la existencia —puede que la esencia misma— de la Guerra, más que del conflicto *in se*, de las disposiciones y presencia moral, del *apostamiento* psíquico, humano y deliberado, que en el conflicto asuman las potencias combatientes. De hecho —y sin que por el momento lo circunstancie— la Guerra es, en su fondo, el significado que le atribuya quien en ella sea parte. Se podrá estar en la Guerra como el que cruza con extremo riesgo una cualquiera especie de torbellino, resaca o tremenda conmoción del mundo físico. Pero cuando tan sólo de ese modo en la Guerra se estuviere, no es así que se podrá vivir y, viviendo, efectivamente constituir, desde dentro del hombre, la realidad irrechazable que es la Guerra.

Para alcanzar tal realidad forzoso es que le den los individuos una adhesión creadora. La Guerra, para serlo, voraz se muestra de esa adhesión. Es lo que pertenece a su onticidad. Adhesión, desde luego, de un general estado de los espíritus, y particularmente adhesión de las voluntades individuales. Existe Guerra, a la postre, cuando los litigantes más que aceptarla quieren hacerla, más que padecer un conflicto lo orientan, sujetan, dominan, no sólo con sus planeamientos, pero otrosí y sobre todo con cabal adhesión del ánimo —adhesión superadora— a lo que bélicamente está ahí para ser ejecutado y que, en tales condiciones, más dependerá de la dinámica del proyecto que de la estática, o incluso dinámica, de la *mole coyuntural*.

Si nos bajamos de estas breves consideraciones, no más que algo filosóficas, diremos que exige la Guerra se esté física y moralmente (y más todavía moralmente) en ella y para ella. La Guerra-en-cuanto-situación (pues que también podrá ser enfocada como perenne ingrediente de la Historia, incluso en momentos que no son de viva beligerancia), la Guerra-en-cuanto-situación

constituye un hecho *absorbente* como otro ninguno: dictamina, del modo más imperativo, se le responda sin diferición, postergación o imposible —y así insensato— intento de escamoteo. Y tal dictamen —volviendo a lo principal— no es mayormente de medios materiales, recursos científicos y tecnológicos, cantidades económicas u otras: tal dictamen es, sí, mayormente, de condiciones psíquicas, de índole, de disponibilidad interior, de propósito. (De lo que necesariamente resultará a su tiempo la indispensable producción de los medios materiales para concretamente *se hacer* y vencer en la Guerra.)

Ya recalaba el infante don Pedro, duque de Coimbra, con la autoridad que singularmente le advenía de haber, según la tradición, trasladado al vernáculo el *Epitoma rei militaris* de Vegetio, y lo recalaba en el pórtico de su adaptación del *De beneficiis* de Séneca, que «no pertenecen a los cuidados de la Guerra mixturas de pensamientos que le sean ajenos, ya que en sí son tan grandes que bien parece que otros, con ellos, en el corazón no pueden caber». (Como se ve, no es nueva, siquiera en la Península, la posición que damos al asunto. Importa, incluso, suscitar la atención para la riqueza de un estudio de la Guerra y su ordenanza, y correlativamente para una extensa bibliografía de cosas militares que está ahí —esfuerzo español y portugués— inmersa en la ignorancia común, pero cuya indiculación aparece en obras cuales los famosos *Diccionario Militar* y *Bibliografía Militar de España* de Almirante.)

Todo lo que tan sucintamente producimos (casi como quien tan sólo acumula subtópicos) constituye materia de la que todo el militar y particularmente el oficial de las Fuerzas Armadas en ejercicio guerrero es, por esencia, conatural. Con toda la afinidad o íntima correspondencia que existe entre el artista y la obra, el militar —mayormente el oficial en actividad bélica— habrá de llevar casadas las entrañas con la *Situación-Guerra* y la voluntad de vivirla sin regateo o limitación. En ese himeneo con la Guerra y la voluntad de vivirla integralmente consiste, además, la vocación militar. Y aquí habremos de considerar las cosas en su raíz.

¿Para qué ingresa el individuo en la carrera de las Armas, en la carrera de la Guerra? Obviamente —en una respuesta donde Platón y Perogrullo se confunden— para jugar las Armas, para hacer la Guerra. No tiene sombra de sentido meterse uno por el camino de las Armas y la Guerra y no desear ejercitar las Armas y llegar a la meta y apoteosis de tal ejercicio que es la Guerra. Haya lo que haya en determinada coyuntura histórica y determinada sociedad; pase lo que pase en el ámbito de las formas generales de pensar y de sentir y, por reflejo, en el de los afectos e ideas particulares, una cosa es cierta: escoger la profesión de las Armas y la Guerra, y admitir *ab initio* vel *in medio* que jamás se venga concretamente alguna vez a jugar las Armas

en la frontera de la vida con la muerte que es la Guerra, siempre será, en cualquier circunstancia, un absurdo sin medida.

Ni que decir tiene que el militar, muy al revés, el militar-en-cuanto-militar, es de naturaleza un técnico, un especialista, un profesional (desde dentro) de la *Situación-Guerra*, para la que, y sólo en función de la que, en él se torna pertinente todo aprendizaje —el que fuere—, toda aptitud, todo arte conviviente. Diremos que todo en el militar-en-cuanto-militar va ordenado a la *Situación-Guerra*, cual en el *Cortegiano* de Castiglione (y Boscán) todo se ordenaba a la áulica condición en el Renacimiento italiano. (Condición de la que en su libro proclama Castiglione lo que proclamar se debe del militar: «denotando siempre y teniendo, en efecto, las Armas como su principal profesión, y todas las demás condiciones como ornamento de ellas». Final del capítulo XLIV del libro I.) Con eso, al *verdadero militar* (y otro, por todos los conceptos, no consideran nuestras palabras), aquel militar del que tanto se carece y al que no se puede de ningún modo dispensar en una gravísima hora de Guerra —hora de espantosas aceleraciones y de todavía más que perentorias exigencias—, al *verdadero militar* le gusta lo que eligió o aquello para lo que profesionalmente se dirige. Late en él, a lo sumo, la misteriosa connaturalidad con la Guerra —en un estado-límite, con la óptica y la acústica de la batalla—. Su inclinación más íntima abrázase con éstas.

Se propone evidentemente mal para la vida castrense todo el que no sienta *vera* afinidad con los sonidos y fuegos de la batalla o con el paroxismo en que desemboca, en términos de sublime grandeza, toda la gama de disciplinas y servidumbres militares —para de algún modo repetir la célebre distinción de Alfredo de Vigny—. Queda bien en el mundo de los ejércitos tan sólo aquél que aspire a la *hoplomaquia* (esgrima de las Armas) y el que en la Guerra respire a pleno pulmón, como en atmósfera suya propia, las formidables estesias que han inducido al mariscal De Ligne a afirmar que no entendía por qué se detestaba tanto la calamidad entre todas bella. El mariscal De Ligne poseía entrañas guerreras —las que le permitían mantener el espíritu apolíneo o una ataraxia ejemplar en el seno del más terrible desencadenamiento vital—. Pura complexión de soldado, pertenecía el mariscal De Ligne al linaje de aquéllos que, ayer como hoy, como siempre, plenamente acatan la sentencia de Palacios Rubios en su *Tratado del esfuerzo bélico-heroico*: «Más vale clara muerte que oscura vida». O la palabra de fray Antonio de Guevara: «Porque es ley entre ellos muy usada, de antes de morir libres, que no vivir cautivos». (A finales del siglo XII ya escribía el famoso Bertrand de Born: «Mieux vaut mort que vivant vaincu».)

Lo que hacemos sobresalir con el mariscal De Ligne, Palacios Rubios, fray Antonio de Guevara y Bertrand de Born no mantiene cualquier nexo —es de

sí evidente— con el gran número hoy enrolado en la Guerra. Un gran número de paisanísimo fondo, al que pueden incluso pertenecer los graduados de las Fuerzas Armadas en momento de Guerra, cuando indiscriminadamente reclutados o cuando —lo que da lo mismo— no seleccionados con criterio específicamente militar y, antes, admitidos en función del llamado nivel literario u otro en una sociedad que sostenga además una hueca antinomia con el espíritu y los valores castrenses.

Lo explicaremos mejor. La Guerra es una suprema forma de tensión vital, para cuya terrible correspondencia tan sólo una minoría se encuentra de natura constituida y habilitada. (Nietzsche tendría aquí oportunidad para argumentar su idea-clave, harto reveladora, de que, para trabajos excesivos, o complejones excesivas o complejones afines del exceso en cuestión.) La Guerra es, *in limite*, para animales de presa, gente escogida, tal como se ilustra a saciedad con ciertas unidades creadas para la Guerra hodierna —paracaidistas, comandos, fusileros, cazadores especiales, submarinistas, etc.—. Y una de las contradicciones esenciales en las que ahora nos agitamos es el hecho de que en un tiempo industrial y de máximas cantidades en la Paz y la Guerra, habemos de convocar para esta *il uomo qualunque*, como quien dice todo y cualquier individuo mayoritario, cuya índole respira en los antípodas de toda y cualquier tensión, mayormente en los antípodas de las espléndidas y tan duras demiurgias guerreras.

Claro es que nunca las cosas estarán por completo comprometidas y aviltadas, mientras los sentimientos de tal hombre sean contrarrestados, superados y corregidos por quienes interpreten los varios grados de la jerarquía militar. Estaría, sí, liquidado el mundo castrense si las flojedades del sentir y del pensar de un paisanísimo gran número, obviamente enfermo de *pacifitis* y *antimilitaritis* (dentro de una gama *pathica* que respecta correlativamente a la afectividad, como a la inteligencia, como a la voluntad, como a la forma de estar en el mundo y concebir a éste), alguna vez inquinasen la misma jerarquía militar. (Cosa que, exponente del pensamiento de muchos otros como él curtidos por 39-45, Indochina y Argelia, teme y expresa ahora mismo, en libros admirables, Bertrand de Castelbajac, de quien extractamos este paso de *El oficial perdido*, abonatorio de lo que adelante decimos sobre la confrontación entre los pueblos occidentales y los hombrecitos-titanes de Oriente: «La Guerra científica tende a dar una mucha mayor importancia a los valores morales. El regimiento que sube al asalto detrás de su estandarte más no es hoy día que una imagen de Epinal. Los San-Cirianos que atacasen con birrete de plumas y guantes blancos serían considerados responsables por todas nuestras derrotas. Y si un soldado canta será seguramente porque se aburre: "será menester hablar a la asistenta social para que ésta trate de montarle un hogar". Cuando el ejército nacional de un país industrial se hace rechazar

de una provincia por pies descalzos armados de cuchillos que ni siquiera tienen la superioridad numérica, se vuelve aconsejable revisar la escala de los factores que intervienen en la salida de los conflictos. El primer factor es de orden moral: consiste en la voluntad de lucha, del que todos los otros dependen. Sin voluntad de lucha resulta tan inútil poseer una fuerza de choque como un sable de madera. La búsqueda de la paz a todo precio conduce directamente a la derrota por no importa qué precio.» —Todo cuestiones meridianas para las estirpes guerreras, desde las de Esparta y Macedonia a lo que queda de *junkers* y *samurais*, pasando por las viejas noblezas de Escocia y Normandía, o por aquellos círculos de la oficialidad ibérica en los que del lado portugués lucen los inmensos nombres de Mousinho y Couceiro.—

Cumplido este largo excursus debemos concluir como hemos empezado: para estar en la Guerra, y para que, efectiva, humanamente, exista la Guerra y no sólo como un desencadenamiento de fuerzas naturales (por eso sirve *Pachakuti* para significar en lenguaje incaico tanto el furor de la Guerra entre primitivos cuanto el furor ciclónico —huracán— o el de cualquiera fuerza elemental), para que la Guerra sea, imperativo se torna vivirla, *spiritu et corpore*, con máxima adhesión y, así, total disponibilidad interior. Y vivirla, concomitantemente, para vencer y para todo, *mas todo*, lo que la victoria lógicamente reclame y de lo que, momento tras momento, necesite. Vivirla, por ende, para que se haga como tiene que ser hecha.

* * *

Hacer la Guerra con entero apostamiento y, por lo tanto, como tiene que ser hecha. ¡Ah!, entonces hacerla en la observancia de lo que llamaremos la definición de cada uno de los elementos a los que, muy sintéticamente, podremos reducir la entera gama de lo que con la Guerra afrontamos: 1) el *enemigo*; 2) el *terreno* físico; 3) todos los *factores, entidades y potencias* que ayudan al enemigo o de que éste se prevale contra nosotros —factores, entidades y potencias que se localizan en nuestro propio organismo contenedor, al que afectan como letal carcinoma—. Son tres elementos, de sí evidentes, mas a los cuales —seguramente por eso— no siempre vemos lúcidamente atentas las inteligencias que sobre estas cosas se debruza.

La verdad es que, anticipando ideas que dentro de momentos con algún detenimiento enfocaremos, importa fundamentalmente en la Guerra definir el *enemigo*, en la línea de lo que el genial tratadista Sun-Tse —tan repetido por Mao— ya preconizaba 500 años a. C. Recordamos su célebre sentencia al gusto sapiencial chino: «El agua modela su cauce según el terreno por donde corre; el soldado se construye la victoria en función del enemigo con el que

lucha.» Ahora bien: para de veras conocer y definir al *enemigo* tan sólo existe una forma —válida en el choque de los ejércitos cuanto en la esgrima de puños sobre un tablado—: suscitarle, provocarle, probarle, tenerle en contra de nosotros en la acción, la compleja tensión de los contrarios. Tan sólo eso nos consiente y concede un conocimiento que, en la Guerra como en todo, pero sobre todo en la Guerra (que nos acordemos, por ejemplo, de lo que a Roma fue impuesto por Jugurta y Tacfarinas), tiene que ser aposteriorístico, esto es, fruto de la experiencia consumada. El conocimiento lejano, remoto, estrictamente teórico (apetece reproducir una estancia de *Los Lusíadas*, donde lucen ideas que ya se hallan en Palacios Rubios), el conocimiento apriorístico que de un enemigo nos hagamos constituye o un falso conocimiento o un insuficiente conocimiento o, en definitiva, un conocimiento que no nos sirve y —lo que es peor— nos lleva al borde de todos los desastres cuando confrontados con la áspera e intransigente realidad. Usar y abusar de ese tipo de conocimiento equivale a querer por fuerza hacer pasar la punta de un hilo —o sea, el supuesto teórico— por el ojo de una aguja que nunca se vio —o sea, una concreta y peculiarísima situación bélico-política—. Volveremos al tema.

Al *terreno* se impone idénticamente pisarlo, descubrirlo, dominarlo, poseerlo, como quien le ha, por fin, sorprendido el alma telúrica y de ésta hizo cosa propia, cual si, al abrir los ojos para la vida, al nacer, la hubiera respirado. (Pensamos en la *chouannerie* normanda y en todas las contiendas donde tienen destacado desempeño los *partisans* en el sentido de una como bélica floración humana del *terreno*. Una especie de emanación vegetal, tanta es la intimidad con el suelo. Todo lo que permite al combatiente aparecer y desaparecer cual se cumpliera una doble rítmica de vivas inhumación y exhumación.) En relación con el *terreno* imperioso se vuelve que una tropa en tal grado en él se instale psíquicamente y en tal grado de él se haga afín (todo lo que supone experiencia multiplicada), que lo tenga y en él actúe como su *habitat* de siempre. No podemos creer que donde no se verifique honda veteranía del *terreno* y hasta amorosa tensión con él, pueda haber gente militar con alta eficiencia combativa. Es principio este en el que inamoviblemente nos implantan todos los tratadistas de la Guerra y su *terreno*, ya sea Jenofonte con su *Ciropeidia* y su *Tratado de la caza*, ya sea Maquiavelo con su *Príncipe* y su tan exacta y eficaz *Arte della Guerra*. Todos intransigentemente preceptúan una intimidad del *terreno*, laboriosa y pluralmente conseguida. Conseguida designadamente merced a la cinegética, cuya deambulación proporciona no sólo esa intimidad, como la organización militar del paisaje. Donde ahora se caza se podrá mañana trabar una batalla. Donde hoy se aloja o disimula el bicho se podrá mañana ocultar, instalar, bélicamente, el hombre. A los escondes, plie-

gues y recesos del paisaje, a sus líneas de penetración, a sus juegos de alturas y enfilamientos, al posible tablero, en fin, de lances militares, importa superlativamente conocerlos con máxima familiaridad. (A la experiencia del *terreno* deberíamos empezar por glosarla como experiencia de la visión. Los que hemos cazado en Africa, pongamos por caso, sabemos lo que es la casi desesperación de nada ver y de a todo cromáticamente confundir en los primeros meses de matorral. Una tropa en forma para la guerra de Africa equatorial o tropical es tan sólo aquélla que, metida en la selva, comienza por distinguir, con adecuado ojo venatorio, entre una forma animal y la vegetación con que se ciñe y en la que se esbatimenta.)

De ahí que la mejor milicia en el *terreno* sea la que, sin relajación, en él vive, en la Paz cuanto en la Guerra, de él teniendo completas habituación y fruición. De ahí que la mejor milicia en teatros exóticos de la Guerra siempre hay sido la que en ellos estanceó por largos períodos, durante los cuales activa, dinámicamente, fue conociendo y de todos modos asumiendo el *telus* (la materna naturaleza), a punto de entenderlo y amarlo como a un *otro yo*. (Para mejor se dilucidar esta nuestra tesis de la compenetración entre *combatiente* y *terreno* son sumamente interesantes —también por eso— las páginas que Ortega consagra a *La aventura y la caza*, designadamente aquéllas donde se habla de Polibio.)

¿Se llega por aquí al problema de la necesidad de una tropa cuanto posible específicamente habilitada para cada teatro de Guerra? Pues llega. Pudiendo ser que alguna vez andemos hasta él. Por de pronto, tan sólo preguntaremos: ¿no es evidéntísima la asimilación entre el *viet* y la selva donde maniobra y progresa?... ¿No es incontroverso que los resultados tan pronta y singularmente obtenidos en Malasia han sido función de una asaz dinámica veteranía del terreno? Nunca sería el hecho de que el genio de cualquiera gran estrategia haya forzado la impreparación de los ejércitos relativamente al *terreno* (es verdad que en una Guerra de movimiento y vastas traslaciones geográficas: retirada de los diez mil, campañas de Alejandro, travesías de los Alpes, campañas de César y Trajano, guerras napoleónicas, etc.); nunca sería el hecho, repetimos, de que el genio de cualquiera gran estrategia haya forzado la impreparación de los ejércitos relativamente al *terreno* lo que nos indujera a pensar de modo distinto. Siempre nos situaremos en el punto de enfoque diametralmente opuesto al que simula tener por aceptable que un pobre soldado cumpla dos, tres años de Guerra ultramarina, metido en un agujero como el conejo en su hoyo, estáticamente condenado a admitir que, a todo momento, ardilosa y por completo señora de la iniciativa, la zorra le pueda sorprender. Siempre combatiremos teoréticamente la absurda estagnación de la

tropa en teatro de Guerra, fundados en las imágenes de la infantería anatolia que, en el desierto de Arabia, Lawrence diezmó a su talante, en acciones para las que poseía la más entera libertad.

* * *

Y ahora los *factores, entidades y potencias* que con el *enemigo* y el *terreno* se congregan para ostensiva o insidiosa y sutilmente (lo que más ocurre) nos depauperar y vencer. Con ellos entramos predominantemente en una esfera —la psicológica— que, sin embargo, de ser principal en la Guerra hodierna, es la menos atendida por la mal llamada estrategia tradicional, siendo, según Bonnet y otros, la de más difícil satisfacción por un Occidente indigente de ideología común, cuando no vacío de todo enérgico sentido de vida. Es científicamente curioso el modo de cómo los Estados-mayores occidentales juegan estratégica y logísticamente con las más dilatadas cantidades humanas y, al par, no cuidan de ecuacionar y debidamente contrabatar la general mentalidad decadente y derrotista de que éstas son necesarias portadoras.

Tan sólo se entendería tal descuido o inatención en una de dos alternativas: o porque la Guerra se hiciera, como no se hace —y menos que nunca en nuestra época— en *vas clos* o compartimiento-estanco (extrañísimo el fuero que en seguida a 39-45 Ridgway de alguna manera ha dado a esta idea, a pesar de necesariamente invalidada por el *quantum* y totalismo de los medios belo-económicos en conflicto), lo que entonces permitiría ocuparnos con exclusión del soldado y los aspectos específicamente militares, en familia militar; o —la otra alternativa— porque, aunque fuera todo y cualquier individuo y, por lo tanto, todo un conjunto social, llamado al esfuerzo guerrero, al mismo conjunto animara un profundo sentido ético-castrense —cosa que en Occidente, desde 45, no vemos por ninguna parte...—.

Heche macizo este que nos impele a preguntar cómo podrá el Occidente llevarse la palma sobre determinado mundo oriental (China, Vietcong y Vietnam del Norte), donde es total y totalmente aceptada la movilización de todos los medios, energías, esfuerzos y sacrificios que los individuos puedan producir —un collar de arroz al cuello como toda munición de boca para sesenta días—. A mantenerse tan decadentes y vacíos como están y, al parecer, no les repugna, no vemos, en efecto, los pueblos occidentales susceptibles de medirse con los hombrecillos-titanes de Oriente...

En el ámbito de tales *factores, entidades y potencias* yo queremos más que señalar tres formas —de los europeos hoy supinamente conocidas—: 1) el *pacifismo* —al que, en su estado agudo, cabe denominar de *pacifitis*—; 2) el *antimilitarismo* —con cuyo exceso venimos tropezando desde los años 40—;

y 3) la *eversión* —palabra nueva para congruentemente crismar un hecho de algún modo nuevo, cual es el compuesto por toda acción y toda inacción, toda transigencia, toda abdicación y todo concierto que, por no ser agriamente subversivos, y tan solo mansamente *eversivos*, van lenta y paulatinamente elaborando un inconsciente colectivo que induce a la pasividad, al abandono y a la desertión, o que, más aún, desde un comienzo ya es, de cualquier modo, pasividad, abandono y desertión.

Incluso para el que no haya cavilado mucho, la cosa es de sí inequívoca, dispensando, por eso, la apostilla. No obstante, siempre diremos con la mayor brevedad que el *pacifismo* y el *antimilitarismo* son morbos introducidos y cultivados por el enemigo en determinado organismo social-político. Recordamos al respecto una imagen nuestra (hace veinte años) sobre qué es cuando las cancillerías y los ejércitos se mueven plenos de deliberación en la obediencia a un plano longisentado, que se escucha como nunca el canto de la sirena pacifista y antimilitarista —para la total parálisis o, al menos, la honda indeterminación de una sociedad en el trance de ser avasallada por la Guerra—.

¿No se encontraba Angola desprovista de medios de defensa y no se vivía mecido (a pesar de todos los Quenias y todos los Congos) por la ilusión del mejor de los mundos posibles cuando empezó la melopea de «afila catana, mata blanco»?... (Tan sólo el *pacifismo* nos llevaría a una historiación de los últimos cincuenta años y a unos análisis y discriminación de matices político-psicológicos, prácticamente interminables. Como otrosí el *antimilitarismo* y, su mellizo, el *paianismo* —montado, en gran parte, por la cobardía mayoritaria— nos habrían de retener algunas horas.)

De la *eversión* diremos que, con ella, damos con nosotros inmersos en y cogidos por una indefinida tela de gestos, expresiones, necesidades, hábitos, contactos y flúidos cotidianos que son otras tantas formas que inadvertidamente se nos van depositando en el pozo del inconsciente, desde donde vigorizan ciertos instintos y tendencias y van deshaciendo vínculos, respetos, deberes y convicciones o, más radicalmente, entareciendo, disolviendo, difuminando los mismos fundamentos sobre los que reposan los vínculos, respetos y convicciones. Constituye éste el más temible y menos vencible, el más satánico y menos evidente adversario que, en nuestro propio organismo, los occidentales afrontamos. Este, al tiempo, el más robusto de los enemigos que tenemos —nutrido, obvio se torna, por nosotros mismos—. Un enemigo en el que casi todos los intereses creados se dan las manos.

Es una cinematografía de la que, por ejemplo, uno de los temas más impudentemente explotados, incluso en retaguardia de Guerra (que a decirlo bien todo es frente en la Guerra actual), consiste en la leyenda negra en contra de ciertos ejércitos, y los generales sus responsables, como forma de deni-

grar la institución militar en ella misma... Es una prensa que a menudo (hablamos de la restante Europa que no de España, donde tal todavía no ocurre) no hace más que reproducir neutralistamente los telegramas que sobre los tremendos conflictos en que los europeos somos parte agredida y calumniada emiten determinadas agencias internacionales, obedeciendo a propósitos que nos son del todo adversos. Es una televisión y es una radio (seguimos hablando de Europa) en las que tantas veces el negativismo y la morbidez casi parecen dictaminados por la intención de languidecer la sociedad y bien así el individuo que por ella combate —lo que, exista o no tal intención, efectivamente se consigue—. Es, de un modo general, la tentativa que todos los días presenciamos de quedar en la bisectriz entre el *sí* y el *no*, el *hacer* y el *no hacer* la Guerra, el *aplaudir* y el *olvidar* una juventud batalladora, el estar *con la Patria* y el no cortar y antes estrechar relaciones *con sus enemigos*, el suscribir *aparentemente* la tesis de la Guerra y *realmente* aceptar, sin una crispación, toda la cadenciada insidia con la que en cada veinticuatro horas se apuñala y calumnia un limpio esfuerzo castrense. Una bisectriz espantosamente imposible puesto que relativa a líneas que no se entrecruzan, no forman ángulo...

Se practica, por otra parte, la *eversión*, cuando deliberada o inadvertidamente se confunde, cambia y adultera el sentido de las palabras; cuando precisamente (lo que nadie intentó, hasta ahora, mitigar) se emplean las voces *nación* y *nacional* para significar e insidiosamente valorar la horda y la tribo, y desde ahí inducir a que las presencias europeas en Africa son no las de la civilización, pero sí las de la opresión ejercida por unas naciones sobre otras —e iguales— naciones, cual si estuviéramos en Europa... (Es un hecho que de esto somos, los europeos, los mayores responsables, ya que vacuamente nos entregamos una y otra vez a nivelar la selva y el selvaje con la civilización y el civilizado —un civilizado que lleva en la sangre y el contorno lo que se viene directamente procesando desde Sumeria en cuadro indoeuropeo...—. Pero vamos.) O cuando se publica en grandes letreros que el Congo o la Nígeria comportan ciudades universitarias y ciudades industriales, tácitamente nivelándolas con Salamanca, Coimbra, Bolonia, París, Oxford o Manchester, Turín, Barcelona, Francfort, etc. O cuando se fija en *placards* —para lectura del hombre común— que en Salisbury fue sentenciada la pena de muerte en contra de media docena de terroristas, no porque fueran éstos un puñado de facinerosos provenientes de Zambia que clandestinamente se habían introducido en Rodesia, donde acto continuo en la faja fronteriza cometieron los peores crímenes (asesinato, violación, incendio de hogares), pero sí porque —¡parece locura o irrisión!— «no estaban conformes con el régimen de Ian Smith»... («Siete africanos condenados a muerte por no estar

conformes con el régimen de Ian Smith», era este exactamente el título que en uno de los principales periódicos europeos, hace unos cinco años, introducía la noticia que en todos sus términos referimos.) Se practica la *eversión* cuando descalificadamente se insinúa todo esto en la llamada opinión pública, conociéndose de antemano que en la aplastante mayoría de los que la respiran no existe una actitud de esclarecida ponderación crítica, pero sí la mera e ingenua (acaso malevolente y resentida) aceptación de lo que más se dice y más se difunde.

Importa reiterar que, en relación al *enemigo*, al *terreno* y a los *factores* indicados no se debe obedecer a ningún apriorismo. Todo cuanto llevamos dicho pretende inculcar la tesis saludablemente realista de que a esos elementos los tenemos que considerar en ellos mismos, con objeto de proceder en conformidad. Recordamos la dolorosa impresión que ineluctablemente habría de infundirnos la información que, hará década y media, nos llegó sobre unas informaciones confidenciales del Estado Mayor belga en torno a un enemigo que en el Congo —hipotéticamente entonces...— se impondría afrontar. Nos han dejado tales instrucciones, sin exageración, boquiabiertos; sin embargo, ya en la fecha nos sentíamos asaz endurecidos relativamente al *lunaticismo* de gran parte de los círculos militares europeos —aquel *lunaticismo*, *abstraccionismo* o *bienpensantismo* que Fuller, el egregio creador de los blindados hodiernos, llevó toda una vida a verberar en las fuerzas armadas inglesas—. (Ya entonces, al aprimorado y relojístico tacticismo francés, preferíamos, con mucho, desde luego por su poder de *blitz*, el más deportivo, libre, impetuoso, juvenil y, a la postre, guerrero tipo de los desarrollos militares germánicos.)

Y boquiabiertos porque, aunque introduciendo larga copia de elementos tecnomilitares y tecnopolíticos, el autor o autores de tales instrucciones extrapolaban por completo la realidad y, a ella pensando anticiparse, no hacían más que caracterizar el enemigo congolés posible como si fuera igual, sin quitar ni añadir, a cualquier soldado europeo —belga, alemán, español, francés, etc.—, ya de sí tan mutuamente distintos y hasta opuestos. En la caracterización a que aludimos se afirmaba la misma gama de necesidades, de sentidos y vivencias, de facultades y correlativas apetencias ideológicas, de motivaciones, intereses y potencialidades receptivas, para el ser político y para el ser selvático, para el que tiene y el que no tiene tras de sí todo lo que en el hombre europeo averiguadamente retrocede, por lo menos, hasta Sumeria (3.500 a. C.), donde, según Krammer, se inicia la historia y —no vamos ahora a explicarlo— se inicia el Occidente.

A pesar de todo lo que ya habíamos oído y visto nos ha dolido el pecado simultáneamente cometido en contra de la realidad, la inteligencia, Europa y lo que Europa sostiene en el continente africano —su geonatural

prolongación—. Ya en aquel entonces —por otra parte— veíamos crecer en el horizonte lo que sobre todas las europeas presencias en Africa habría de caer, no obstante el hecho de que han admitido algunos la posibilidad de vivir en compartimiento estanco relativamente a las agonías del siglo. Y habíamos precisamente por esas fechas —tras un estudio-meditación de años— llegado por fin a la conclusión de la irrebutable importancia de la *historicidad* y los cuños multimilenarios en la íntima configuración de los hombres y los pueblos, sus disposiciones, aptitudes y vocación.

La verdad es que en la Guerra —y precisamente en la de Africa— no se habrá de depender de apriorismos y esquemas abstractos. Esa es la lección específica a sacar de las aludidas instrucciones belgas —en las que forzosamente tantas horas urgentes, preciosas, irreversibles, se han perdido...—. Ya a la mera denominación de Guerra de Africa la entendemos demasiado genérica, una vez que sus teatros con la gente que comprenden —Argelia, Congo, Sudán, Nigeria, Guinea, Angola y Mozambique, etc.— contrastan en su diferenciación, por lo mismo pidiendo a la «menos hipócrita de todas las ciencias» —como de la estrategia, dijo Lidell Hart— que las considere adecuada y, por tanto, diversamente.

Del punto de enfoque de la realidad, o del de la estrategia que con la realidad dialoga, es de veras trágico (aporético) caerse en abstracciones o en los esquemas y palabras que los expresan. (Para la explicación del desastre francés, escribe Bernard Fall en *Guerras de Indochina*: «Los errores que fueron cometidos lo fueron al nivel del comando supremo que (...) sustituyó a los datos de la realidad, esto es, a los resultados de las informaciones seguras que tenía sobre el Viet-Minh, la idea apriorística que de éste se hacía.») Se impone, designadamente, y en contra de lo que pueda pensarse, no avasallar siquiera los espíritus con la locución e idea de Guerra *subversiva*, aunque con ella se intente corregir la locución e idea de Guerra *convencional*. Pese a que se persiga la superación de la llamada forma *convencional* de hacer la Guerra, cuando tal forma se enseñe inadecuada, el hecho es que se cae en el riesgo de sustituir un fácil esquema mental —ultrainsuficiente como todos los que se confrontan con la inmensa realidad— por otro, idénticamente fácil, una abstracción por otra abstracción, una voz-bordón por otra voz-bordón, una inercia psíquica por la misma inercia.

Las fórmulas, mayormente cuando en exceso repetidas y en régimen de pequeña polémica, son muy nocivas porque resultan muy paralizantes. Las fórmulas (y más las tenidas en cuenta de evidentes e incontrovertidas) son hermanas siamesas de la pereza y la anquilosis mental. Cuando son sólo eso. Porque podrá incluso ocurrir algunas veces que sirvan de pretexto moralmente justificativo y militarmente excusatorio. Demasiado se ha oído hablar de esto

en el seno de los que, como nibelungos, querían ir hasta el final (las divisiones blindadas SS, Siegfried, a Norland, a Charlemagne, a Goetz de Berlinchingen, a Nibelungen, etc.), cuando al terminar la Guerra de 1939-45, la *Whermacht* se entregaba por decenas e incluso centenares de miles de hombres.

Lo que la Guerra, desde luego materialmente saturada de contradicciones que europeos hacemos en teatros exóticos de ella, nos está ahí pidiendo a gritos es que dinámicamente sigamos con el espíritu libre, ágil, lúcido, imaginativo, despierto y listo para la *repetición*, cuanto para la *invención*. Para la *repetición* e *invención* de lo que sea: de lo más *conocido* y *convencional*, cuanto de lo más *inédito* y *revolucionario*. ¡Ah!, pero también, e invirtiendo necesariamente la secuencia: de lo más *inédito* y *revolucionario*, cuanto de lo más *conocido* y *convencional*. Es en la Guerra forzoso desempeñar tan sólo lo adecuado, tan sólo lo oportuno, tan sólo lo necesario —lo que implica la idea de rapidez en el tiempo—. (Se trata, en definitiva, de hacer justicia a la *Situación-Guerra*. Y la justicia sólo se hace, como decía un infante portugués, cuando se la cumple del modo siguiente: «Dando o seu a seu dono, e dando-o sem delonga» (dando lo suyo a su dueño, y dándolo sin retraso). Cuando en Santiago de Compostela sacábamos el título de piloto aviador nos decía el instructor —y con eso contestaba correctivamente a una pregunta que infundadamente alguna vez le hicimos—: «Dale (a la avioneta) *lo que te pida*». No lo olvidaremos nunca. *Lo que te pida*. Es eso. Y es eso —asaz nos lo creemos— en todas las situaciones: en la Guerra, cuanto en la maniobra de una aeronave.

Porque podrá ocurrir que en una Guerra intestina, subversiva, de *partisans*, revolucionaria, insurreccional, psicológica, *pluscuancivil*, cual diría Lucano (no vamos, por el momento, a distinguir entre ellas con todo rigor), podrá ocurrir que en el cuadro de una Guerra así se afirme un amplio movimiento con su *quid* de *clásico* (tampoco empleamos este adjetivo de un modo preciso, puesto que, al hacerlo, no saldríamos o de la antigüedad greco-latina o de los siglos de neoclasicismo y *geometrización* de la vida —y, por tanto, de la Guerra— que son los que medean entre el Renacimiento en Italia y el advenimiento de Napoleón). Y, de hecho, los últimos decenios se han mostrado fecundos en esto de que en la coyuntura de una Guerra predominantemente subversiva, donde actúan pequeños manípulos, surja el *kairos* para la Guerra de grandes unidades y anchos lances estratégicos, sin aflojamiento de la intervención de aquellos manípulos y, al revés, con el vigoroso y vivo apoyo por ellos dado. Fue lo que se vio en la Guerra de 1939-45, en todos los territorios ocupados por la *Whermacht*, donde los dilatados desplazamientos de las pesadas masas militares fueron antecedidos y acompañados —al final del conflicto— por las acciones minoritarias y en extremo nerviosas de la Guerra ideológica. La Gue-

rra de 1939-45 constituye la asimilación —a nuestro juicio de veras orgánica— de la Guerra de las patrias con la de las clases, los partidos, las ideologías y las religiones.

En todo sentido más llegados a nosotros, los sucesos de la Guerra de Indochina patentizan paradigmáticamente (con los nombres mayores de Giap y De Lattre) cómo sobre un *statu quo* de guerrillas y gendarmería militar pudo desencadenarse una estrategia de grandes efectivos, obediente a moldes cuanto posible *convencionales*. Todo esto nos sirve para argumentar la tesis de que no debe la máquina militar dejarse envolver por una red de insuficientes y unilaterales preceptivas o concepciones de la Guerra —las que sean—. Todo tipo de Guerra puede concomitantemente ocurrir en un mismo conflicto. Y puede ocurrir sincrónicamente, dentro de un régimen de completividad de todas las formas de la Guerra —régimen que es, también por eso, la Guerra *total*—. Se piensa que la Guerra *total* es aquella donde cualquiera de los contendores invierte *todos los medios* para el total aplastamiento del antagonista. Esto que es verdadero, *no es suficiente*. Porque, por regla, no se advierte lo que se halla implicado en la locución *todos los medios*. Es que *todos los medios* habrá de significar otrosí, y significa, desde luego, *todas las formas* de Guerra en un mismo y solo conflicto.

Si es así, la Guerra que los europeos desempeñamos hoy día afirmase, actual o potencialmente, integrada por todas esas formas. La Guerra que está ahí o se acerca, es una *situación* a la que mejor traduce la idea de asimilación y completividad de todo. No una *situación*, una Guerra, de *esto o lo otro*, pero sí una *situación*, una Guerra, de *esto y todo lo otro*. Que se observe el drama bélico sobremodo riquísimo en todos los aspectos, formas, ritmos de Guerra, que es el de Vietnam: se verá cómo en él saltan todos los conceptos restrictivos y parcelarios frente a la entera realidad, plenamente asumida del lado oriental. Todo lo que en las academias y campos militares de Occidente se aprende y piensa sobre la arista de un genio geometrizable y excluidor, es ahí formidablemente agitado y puesto a prueba. En el Vietnam se advierte, de forma meridiana, para qué sirve, en qué medida sirve y resiste una preparación tecnomilitar y cuán elástica y no quebradiza ella tiene que ser. Es eso: la Guerra de hoy —la que está concretamente ahí y la que se avecina— dictamina la posesión de una *amplísima preparación de base* que, no siendo menos, más no sea que una *amplísima preparación de base*: con objeto de que, instantánea, dúctilmente, pueda ella proceder y florecer al contacto de cualquier circunstancia guerrera —la que sea—. *La que sea*. E incluso el lenguaje que acompañe tal *preparación de base*, a pesar de ser un *determinado lenguaje*, no deberá impedir el concreto diálogo con lo que exactamente no exprese. Con el lenguaje militar habrá correlativamente de ocurrir

lo que, en nuestra época, viene ocurriendo con el lenguaje psicológico u otro: sirve como amparo y punto de referencia incluso cuando no traduzca nuevos dominios y no convenga a la fenoménica original —u olvidada— que en éstos se contiene. Y no nos lamentemos por ser así. Porque la rutina y el relogismo tácticos, estratégicos, logísticos, poliorcéticos no son, seguramente no son, lo que de veras se armoniza con la bien denominada Arte de la Guerra —donde el genio militar de los pueblos y los grandes capitanes, o la prodigiosa inventiva realista de unos y otros, es lo que produce la palabra cierta y, por tanto, el éxito—.

La Guerra, la verdadera Guerra, aquella de la que en el comienzo de nuestras consideraciones columbramos la esencia, tendrá que ser la que obedece a un profundo fuego del alma, incesantemente renovado.

CARLOS EDUARDO DE SOVERAL

R É S U M É

L'auteur commence par définir la Guerre dans son onticité humaine. La Guerre est fonction de l'adhésion créatrice qu'elle reçoit des individus. La Guerre en tant que situation est donc considérée comme un phénomène plus absorbant qu'aucun autre. Il existe une antinomie notable entre les affaires de Paix et les affaires de Guerre ou entre un esprit de Paix et un esprit de Guerre, et une similitude entre la Guerre en tant que situation et la volonté de la faire. Puis est défini l'objectif d'une profession militaire c'est-à-dire les principes qui doivent prévaloir dans l'esprit de ceux qui la choisissent: Préparation du militaire à la situation —Guerre— suivant la ligne des idées de certains auteurs (Castiglione, le Maréchal de Ligne, Bertrand de Born, Palacios Rubio). Corrélations nécessaires entre la vie de guerre et certains caractères minoritaires. Problèmes qui se posent étant donné que la Guerre d'aujourd'hui inclut un nombre maximum de gens de toute sorte. Faire la Guerre comme la Guerre doit être faite —postulat qui implique l'observance d'affronter, sans escamotage, trois entités ou catégories auxquelles la Guerre peut se réduire: a), l'ennemi, b), le domaine physique, c), le domaine social-moral (facteurs, entités et puissances desquelles s'empare l'ennemi)—. Pour la définition de l'ennemi il faut s'en référer à Sun-Tse, stratège chinois de génie très utilisé par Mao. Le dictamen d'une telle définition est de ne rien inventer et de tout constater. Une nécessité inéluctable d'une connaissance intime du terrain physique dans lequel se déroule la Guerre —surtout s'il s'agit d'une Guerre dans des régions exotiques, qui peuvent être considérées comme sauvages. Quel-

ques exemples classiques (sont cités Xénophon, Polibio ainsi que Jugurta et Tacfarinas), auxquels s'ajoutent d'autres modernes et contemporains (Macchiavel et J. Ed. Laurence, surtout). Dans le cadre des facteurs, entités et puissances qui forment partie du domaine social-moral déjà mentionné, est réitérée la mise en garde relativement au fait qu'aujourd'hui sont appelées à la Guerre des quantités humaines sans aucune vocation ni même de disposition pour le combat. Fait évident dans un Occident vide de motifs idéologico-vitaux profonds, ce qui le situe dans une situation d'incontestable infériorité face à la détermination orientale prête à tous les sacrifices et à tous les investissements. Entre les facteurs, entités et puissances en question se détache le pacifisme et sa forme aiguë le pacifisme, l'antimilitarisme (et l'antimilitarisme), et surtout l'éversion —nouveau concept pour la compréhension duquel s'exprime toute une gamme de moyens à travers lesquels, jour après jour et de l'intérieur, la société occidentale s'écroule—, Sont donnés des exemples de l'éversion (celle qui se pratique grâce aux organes de l'information, comme surtout la presse et le cinéma). Et s'établit l'impératif-méthode qui, en relation avec tout ce qui intègre la réalité —Guerre—, ne constitue aucun apriorisme, mais au contraire une vérification de ce qui s'affronte dans toutes ses particularités. C'est ce qu'impose spécifiquement la "moins hypocrite de toutes les sciences", comme Lidell Hart appela la stratégie. Le prix qu'a payé l'Occident dans presque tous les conflits récents (se détache l'Indo-Chine et est cité Bernard Fall) se doit au fait que ses chefs militaires et politiques ont agi à partir de préjugés et d'idées pré-établies au lieu de cerner de tout près la réalité, d'une façon dynamique et créatrice. Il est fait en ce point une admonition contre tout apriorisme de celui qui refuse ou ne comprend pas les aspects originaux vitoguerriers de notre temps, ou de celui qui exclut les formes de ladite guerre conventionnelle du cadre d'un conflit total. Ainsi se refait la notion de Guerre totale (la Guerre qui comprend toutes les formes de lutte et d'action militaire). (...) L'auteur conclut en soulignant que la Guerre véritable et assumée de façon exemplaire est celle qui obéit à un profond feu vital-moral, sans cesse renouvelé.

S U M M A R Y

This essay begins with a definition of War as a human phenomenon. War is a function of the creative support that it receives from individuals. War is thus seen to be the most "absorbing" situation possible. The concerns of Peace and the concerns of War —or, to put it another way, the spirit of Peace and the spirit of War— are vastly different. War as a situation becomes one with the will to wage it. The author describes for us the goal

of the military profession and the principles that must govern the minds of those who choose it; the ordering of the soldier's behaviour in accordance with the War-situation, as described by some writers (Castiglione, Marshal Ligne, Bertrand de Born, Palacios Rubios); correlations between the life of War and certain minority attitudes and codes; the problems that derive from the enormous numbers of people of every kind required in War today; and the waging of War as War must be waged a postulate that implies the unwavering confrontation of three categories to which War may be reduced: a), the enemy, b), the physical terrain, c), the social and moral terrain (factors, entities and forces of which the enemy makes use). He refers to Sun-Tse, a brilliant Chinese strategist much used by Mao, for a definition of the enemy. Nothing can be invented, everything must be confirmed. There is no escaping the need for close knowledge of the physical terrain on which War is waged —especially if this is unfamiliar, such as tropical forest. Some classical examples are adduced (Xenophon, Polybius, Jugurtha and Tacfarinas) as well as others of more recent date (Machiavelli and T. E. Lawrence, above all). As for the factors, entities and forces which go to make up the social and moral terrain, the reader is warned once again that today enormous numbers of people are conscripted for war who have no military vocation or even willingness to fight. The West, empty of deep vital-ideological motive force, finds itself at an undeniable disadvantage when faced with an Eastern determination that thinks nothing of sacrifice in the service of a cause. Among the factors, entities and forces in question, special attention is drawn to pacifism and its acute form «pacifitis», antimilitarism (and «antimilitaritis») and above all «eversion» —a new concept covering a whole range of elements which, day after day, serve to eat away the fabric of Western society. Examples of «eversion» are given (practised thanks to the mass media, the press, the cinema, at the head of the list). We are shown that a priori thinking is out of place in War, which should be confronted in all its real particulars. This is imperative in the "least hypocritical of all the sciences", as Lidell Hart dubbed strategy. The price for not doing so has been paid by the West in almost every recent conflict (the case of Indo-China is underlined here and Bernard Fall is quoted) because its military and political leaders have let themselves be swayed by prejudices and received ideas instead of facing reality with creative dynamism. A warning is given at this point against all kinds of preconception —those which reject or fail to understand the new forms that War takes in our times and those which exclude the forms of so-called conventional war from the structure of total War. Total War (involving every type of combat and military action) is thus redefined. The essay concludes emphatically that War is true and noble when it obeys the dictates of a deep and constantly renewed vital-moral fire.

